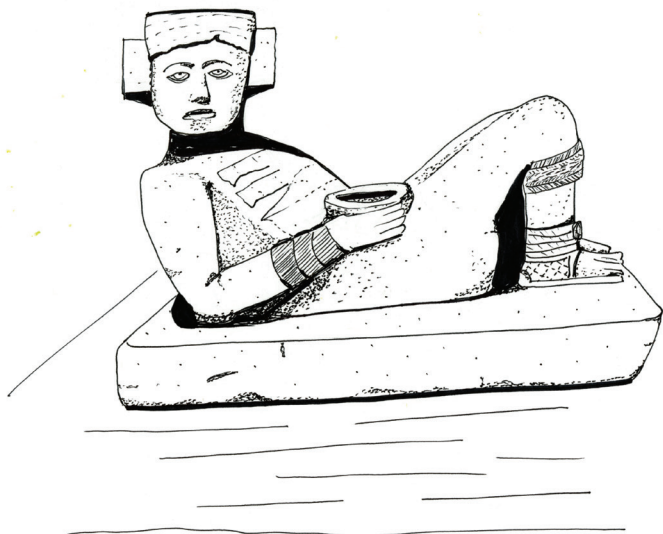


El Chac Mool de doña Perla



Lo que siempre me intrigó en el *penthouse* era la estatua de piedra de un Chac Mool enorme que vivía ahí. Es que esta escultura era muy misteriosa: un hombre sentado con las rodillas dobladas, sobre el estómago tenía un recipiente cuadrado como si esperara recibir una ofrenda. La cabeza estaba virada hacia un costado, aunque, en ese perfil, la mirada era de frente.

—¿Te asusta mi Chac Mool, Luz? —me preguntó doña Perla uno de los primeros días, cuando vio que yo trataba de esquivar la escultura aquella y, por supuesto, evitar tropezarme.

—Para nada —le respondí haciéndome la valiente.

—Pues esta estatua es un verdadero enigma, tiene a los historiadores y arqueólogos de Mesoamérica rascándose la cabeza y comiéndose las uñas tratando de descubrir sus secretos. A mí me gustó y por eso la compré —explicó mi doñita.

Luego me enteraría de que, en la cultura maya, este «per-

sonaje» era considerado una figura ritual asociada al culto del agua, la lluvia y la fertilidad y, más adelante, esta figura tan singular se encontraría también en la cultura mexicana-azteca. Ella lo había comprado, hacía años, en la tiendita del Museo de Antropología del D. F., en una oportunidad en que viajó con su segundo marido a su México tan añorado y querido. Me aseguraba de que esa pieza era una réplica, a pesar de que los arqueólogos habían encontrado por lo menos una docena de estos mismos «dioses», que sí eran auténticos. Sus funciones en esta cultura aún se desconocían.

—Sí que luce bien raro ese señor de la estatua, pero no me asusta tanto —hablé otra vez para seguir la conversación, porque yo también tenía curiosidad por saber más.

—Yo sí que le tengo bastante respeto, Luz. Compré la estatua como amuleto de la buena suerte, aunque creo que, a mí, en ese tiempo al menos, solo me atrajo la mala suerte: a los pocos días de ese viaje mi marido murió. Ya no quise abrir la tremenda caja hasta mucho tiempo después, cuando me mudé a este apartamento. Pensé: El Chac Mool va a servir para que las plantas de mi balcón se mantengan menos secas, sobre todo imaginé que con sus poderes mágicos ayudaría con la humedad de mi piel; así sin duda podría lucir menos arrugada, hasta más joven. Ya sabes, estos añitos que llevo encima dejan sus estragos. Este «dios» del agua tendría bajo la manga algún poder hidratante, ¿no crees?

—Si usted lo dice, doña Perla —le contesté, y supongo que sonaría incrédula.

—Ay, Luz, si supieras que este Chac Mool me ha dado sus

buenos sustos... ¿Sabes?, hasta recuerdo que vino envuelto en un papel lustre enorme de color turquesa muy intenso; al principio no detecté ningún problema serio, ya que en aquella época llegó desde México en el tiempo acordado y supuestamente bien empaquetadito. Pues al destapar la caja esa después de tantísimos años, sentí como un mal presentimiento. Temí que la estatua estaría rota, pero no. ¿Qué crees...? Fue algo peor. Porque un acontecimiento increíble de verdad pasó: ¡toda esa semana no dejó de llover en Ciudad Piedra! Parecía el diluvio universal por los torrentes impresionantes de agua que caían de un cielo de negrura absoluta. Luego, al instalar el Chac Mool cerca del baño de visitas, ¡se atascaron todas las tuberías de agua y se inundó el apartamento completito! ¡Un desastre total! Por eso decidí moverlo aquí, junto al balcón, para que se alegrara un poco con mis plantas y la luz de la mañana. Y, claro, estaría más cerca del mar, eso ayuda... Esto justamente me lo recomendó una amiga mexicana, que fue la misma persona que me regaló el librito de Carlos Fuentes, ese que viste el otro día en mi biblioteca. Ahí está el famoso cuento que había escrito este autor con el título de «Chac Mool». Al leer la historia, ¡no podía creer las similitudes, Luz!



—¿Qué similitudes, doña Perla? No le entiendo... —respondí muy confusa, porque no tenía idea de lo que me hablaba; tal vez, si hubiese leído esa historia, la entendería.

—En el cuento, Luz, el «Chac Mool» se vuelve un monstruo que tiene a Filiberto (uno de los personajes principales) prisionero en su propia casa. ¡Te imaginas! Gracias al Señor, esta desgracia no me sucedió a mí, y tampoco mi Chac Mool se volvió de carne y hueso ni le creció pelo ni se tornó amarillo. En fin, en esa historia suceden cosas horribles. Aunque, por un momento, hasta temí que me hubiesen vendido por equivocación alguno de esos tantos originales que andan rodando por ese país. ¡Ahí sí que me las hubiera visto bien negras! No te creas, Luz, cualquier cosa es posible... Y ahora que te enteras de esto, seguramente entiendes por qué esta estatua a mí me inspira su poquito respeto.

—Ya veo... —solo atiné a decir.

Yo me quedé impactada con el relato de doña Perla; se me hacía súperirreal. Sin embargo, me dio mucha curiosidad por saber más acerca de este «dios» de agua tan cruel y majadero, hasta me atreví a pedir prestado el cuento a mi señora.

—No sé si deberías leerlo ahora, Luz, no quiero que vayas a impresionarte; por lo menos, hoy, no. Otro día...

Y nos quedamos las dos observando de reojo al temible Chac Mool, que tenía el lugar más privilegiado de todo el *penthouse*: miraba derecho al mar.